

## UNA CARTA:

El verano de 2018, Carlos y yo fuimos a leer *Amor divino* a una cabaña en Valsaín, cerca de La Granja. Estas lecturas van camino de convertirse en una pequeña tradición. Poco antes de publicar *La curva se volvió barricada* nos fuimos unos días a Lisboa para preparar su edición. Leo el libro en voz alta y Carlos escucha, le digo correcciones que él anota en el manuscrito. Luego lee él, yo anoto las correcciones. Él descubre erratas. Me pregunta, ¿esto es así o es un error? A mí me gusta poner faltas de ortografía y de gramática, pero en ocasiones simplemente me equivoco y por eso él me va preguntando. A veces, en esas lecturas, yo me doy cuenta de que falta un texto o dos, y entonces los escribo durante los días siguientes, o durante el mes siguiente. Y en general, si el libro resiste esa lectura íntegra en voz alta, yo me quedo tranquila, pase lo que pase después, cuando se haya publicado, pues he encontrado ahí la confianza e incluso el sentido, en esas horas de lectura compartida con Carlos. Recuerdo que ese día, en Valsaín, hacía calor y yo estaba muy nerviosa. Recuerdo que estaba muy nerviosa. Los últimos meses habían cambiado muchas cosas en *Amor*

*divino*, el libro había crecido por lo menos un tercio de su tamaño previo, y todavía no estaba segura de lo que tenía entre manos. Recuerdo que, en un momento, justo al principio de la lectura, a Carlos lo llamaron por teléfono y yo salí a la puerta de la cabaña. Había un pequeño jardín con la hierba muy verde, se veía una montaña al fondo, tras las otras cabañas, y yo me senté en un bordillo y me abracé las rodillas. Intentaba calmarme, pero no podía quedarme quieta, creo que temblaba, así que me levanté y me di una vuelta por la hierba. El pasto. Di una vuelta por el pasto. Me gusta esa palabra. La aprendí en Sudamérica. Es una palabra que podría aparecer en este poema, el del magüey, que es un poema que se ubica en el verde, igual que el pasto por el que paseaba nerviosa ese día, en ese pueblecito de Segovia e igual que la parte de *Amor divino* de la que debería haber formado parte el magüey, la tercera, titulada «Verde Esmeralda».

Ahora iré más atrás, dos veranos antes. Es el verano de 2016. También hace calor, hace muchísimo calor en Madrid. Son los días de la Feria del Libro, o eso me parece ahora, con todos estos años de distancia. Una mañana me despierto, y antes de abrir los ojos, antes de que la habitación en la

que duermo entre por mis ojos, circule por mi sistema nervioso, y me llegue al espíritu, arrancándome súbitamente del estado anterior, el del sueño, siento unas palabras aparecerse por mi boca. Esas palabras son estas: Pusieron debajo de mi mare un magüey (así, con diéresis, aunque en realidad se escribe maguey). «Pusieron debajo de mi mare un magüey». Todavía antes de abrir los ojos pronuncio esas palabras que tengo por la boca y siento como si salieran de ella, como si tuvieran vida propia, cuerpo propio, igual que el cocuyo que más adelante saldrá de la boca de la mare. Ahora abro los ojos, los abro, pero las palabras siguen ahí, como por milagro, y no sólo están ellas, sino que tienen otras detrás. Sólo tengo que tirar del hilo y ya, ya salen, ya las veo salir. Así empezó este poema.

Respecto a las palabras que contiene y que no arrastran ningún contenido de mi vida conocida (el magüey, el guachinango, el cocuyo), no tengo ni idea de dónde salieron, yo no las conocía, quiero decir, que no tenía memoria de ellas, y, sin embargo, aparecieron así, como por magia, y yo no tuve otra que aceptarlas. Respecto a la historia, tampoco sé nada de ella, salvo que es un drama de amor y celos entre

dos chicas, la que habla, cuya madre está flotando encima de una planta de agave, y una especie de ama llamada Con-cetta. Me gustaba que esta historia estuviera en *Amor divino* porque durante un tiempo fue la única del libro en la que realmente se contaba un relato romántico, y porque además me parecía que su lenguaje era como un puñado de tierra mezclado con joyas (esas palabras mágicas que se me habían ido apareciendo), y de esta manera quizás ponía un lindo adorno a todo este asunto del amor, un adorno raro, pero brillante. Desde que lo escribí siempre me pareció que pertenecía al corazón de *Amor divino*. Pensaba: Pase lo que pase, aunque no escriba más, al menos tengo el magüey. Y era cierto, lo tenía, y me tranquilizaba, porque me parecía una cosa que me había sido dada de forma tan misteriosa y amorosa que algo bueno debía traer.

Y, luego, todo un año más tarde, durante el invierno de 2017, el día que alfombré el salón de mi nueva casa (la primera casa que compartí con mi marido) con todos los textos que había ido guardando en la carpeta de *Amor divino* y empecé a trabajar en la estructura, ahí estaba el magüey, brillando en la parte Verde Esmeralda.

Pero después pasaron otras cosas, después, pasada la Navidad, fuimos a Alén, a la casa de Luz Pichel, con María Salgado y Carlos, y un día, de noche, al volver de presentar nuestros libros en Santiago, nos encontramos un animal congelado en la carretera. ¿Qué era, Luz? Luz dice que era una gineta. Yo lo miré, iluminado por la luz de los faros del coche, mientras Luz y Carlos o María y Carlos, ya no lo recuerdo, lo retiraban. Debía pesar bastante, por la postura de mis amigos al cargarlo, y estaba tieso, quiero decir, congelado, duro, inmóvil. Y al día siguiente, cuando fui al baño nada más despertarme, vi un ciempiés rígido en el suelo que también parecía estar congelado, y me dije, vaya, un montón de animales congelados. Entonces, recién a la vuelta, ya en casa, escribí un poema en el que una voz hablaba de una gineta y de una luz verde avistada en el cielo. La voz era la del Forastero, uno de los personajes de *Amor divino*. Seguí a esa voz. La voz estaba contando el principio de la historia del Forastero y de Lonesom, el otro personaje. Seguí y seguí. Me di cuenta de que ahí había algo. Sucedió que antes esos personajes sólo aparecían en la primera parte del libro, y entonces me di cuenta de que el libro también debía terminar con ellos, y que ellos hablaban así, de una

forma novelesca. Le pregunté a mi marido, ¿debo continuar con esto? ¿O debo aferrarme a la tercera parte tal y como era, un conjunto de series de poemas emparentados pero no muy cercanamente? Debes seguir, dijo él, y yo seguí y seguí. Escribí muchas más páginas, en ellas también se desarrollaba el personaje de Elle, la poeta. El paisaje era el del magüey, un desierto. Más o menos. Les hice encontrarse a todos allí, al Forastero, al Cowboy y a la Poeta. De tanto en tanto escribía a Carlos y le hablaba de mis avances. Le diría cosas como: No dejo de escribir, ya llevo 15 páginas más. Imagino que Carlos, a quien ya le había enviado un primer borrador del libro, se iría poniendo nervioso. Y así llegó el momento de ir a las cabañas. Por entonces, yo ya tenía una duda clavada. La tercera parte se había convertido en una especie de novela de los tres personajes, ellos habían tomado todo el control, y el magüey ya no hacía ahí otra cosa más que estorbar, hacía que se volviera todo confuso, y yo no quería nada confuso, sin embargo me daba pena, me daba pena renunciar al que a menudo había considerado el corazón (como esos colgantes de bisutería con brillantitos) del libro. Tuvimos que leerlo en voz alta. Tuve que confesarle a Carlos mi sospecha y mi temor. Y él lo

entendió, y me animó a sacar el poema, y me dijo: No te preocupes, lo publicaremos aparte, más adelante. Algo así diría, y yo terminé de convencerme y renuncié al magüey, felizmente. Después, no sé, cuando salió *Amor divino* yo ya estaba conforme, me parecía que había quedado justo como debía quedar, y se me olvidó un poco el magüey. Pero a Carlos no se le había olvidado. Aquí está la prueba. Este librito contiene ese poema extirpado del libro que lo hizo nacer pero que luego no lo necesitó más, como pasa a veces con algunas historias de amor, que nos cambian y después dejan de tener sentido, porque su sentido era realizar ese cambio. Contiene también un breve ensayo sobre la lírica sentimental que escribí para ayudarme a pensar *Amor divino*, y que en algún momento pensamos incluir pero que luego descartamos porque el libro ya era demasiado largo. Son dos piezas, pues, que salieron de *Amor divino* y que se pueden leer como satélites, porque orbitan a su alrededor.